



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Vicerrectoría de Docencia

Leer *y* releer

Agosto de 2024 N.º 103



A un lector de hojarascas

Luis Germán Sierra



Portada: Rafael Germán Rengifo. *El lector de hojarasca*.
Grafito sobre papel, 22 x 28 cm, 2024



<http://biblioteca.udea.edu.co>

Correo electrónico: jluis.arboleda@udea.edu.co

Diseño, diagramación e impresión: Imprenta Universidad de Antioquia

Distribución gratuita

Presentación

Si la hojarasca es un grupo de hojas desprendidas de los árboles, entonces la metáfora de un lector de hojarasca describe a alguien capaz de percibir e interpretar todo el otoño que ha acaecido a su alrededor. Implícitamente, este hábito de lectura puede llevar a una metabolización escritural que da lugar a nuevas ideas, aunque también puede tener consecuencias menos amables. Como afirmó Cesare Pavese, leer no es una tarea fácil; un lector debe superar muchas barreras en su búsqueda íntima del lenguaje.

En esta nueva edición de *Leer y releer*, rendimos homenaje a un lector cuya vida y obra han dejado una huella indeleble en el panorama literario y cultural de la Universidad de Antioquia. Luis Germán Sierra Jaramillo, nacido en Girardota, Antioquia en 1957, es un buscador de lenguajes que ha dedicado su vida a la exploración y difusión de la literatura y el arte, tanto desde la creación como desde la crítica y la gestión cultural. Cursó estudios en Español y Literatura en la Universidad de Antioquia, institución en la que también realizó el diplomado en Corrección de Textos.

Su amor por la palabra y la pasión por compartir en los espacios de diálogo sus encuentros íntimos con lecturas cautivadoras, escritores insignes, otros quizás relegados, aunque

relevantes, y artistas de diversos órdenes lo llevaron a convertirse en el coordinador de actividades culturales de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz durante treinta y dos años, donde creó y editó la revista *Leer y releer*. Desde los inicios de la revista en junio de 1992 hasta la actualidad, hemos visto reflejada la dedicación y el amor por la literatura que Luis Germán ha promovido. Con una tirada de 2,000 ejemplares y una periodicidad trimestral, *Leer y releer* se ha consolidado a lo largo de sus años de publicación como un espacio de encuentro para escritores y artistas. En estos roles, el de coordinador y editor, Germán Sierra ha sabido combinar su pasión por la literatura y el arte con un compromiso con la promoción de la cultura y el conocimiento.

De la misma manera, su trayectoria como escritor es vasta. Ha publicado artículos, ensayos y reseñas literarias en la *Revista Universidad de Antioquia*, el *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, el suplemento *Generación del periódico El Colombiano*, la *Agenda Cultural* y el periódico *Alma Máter* de la Universidad de Antioquia, entre otros. También ha publicado los libros de poesía *Coda de silencio* (2016) y *Todos los años del mundo* (2023).

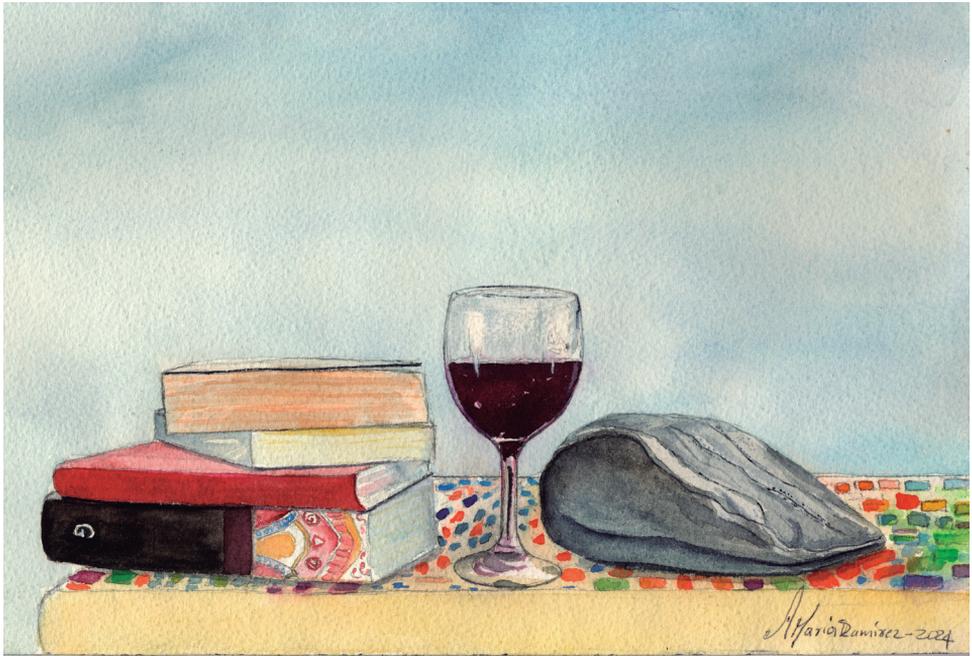
Este número especial destaca escritos significativos que dan cuenta de las múltiples inquietudes de Luis Germán Sierra Jaramillo, permitiéndonos una visión panorámica de lo literario, pero también de la cotidianidad que, de uno u otro modo, le es inherente. Es el caso de *Los mimos: al fin el silencio, al fin la levedad, al fin la transparencia del gesto*, donde analiza críticamente la carencia de profesionalización del mimo en Medellín, a partir de una reseña del IV Festival Internacional de Mimos en 2001 y *¿El Centro?: Sí, gracias*, en el cual enmarca una reflexión sobre la importancia del centro de la ciudad en su vida y en la vida de quienes han compartido esa experiencia. Con un tono nostálgico y crítico, narra cómo los cines, cafés, auditorios, librerías y restaurantes del centro de Medellín fueron esenciales para su desarrollo personal y cultural, pero también expone la decadencia que ha sufrido esta zona. *Lenguaje y literatura* es un ensayo sobre la relación esencial entre la literatura como un

tipo específico de lenguaje y los tipos discursivos restantes de los cuales se nutre. En *La lectura: juego y conocimiento*, aborda la lectura como fuente de diversión y aprendizaje, mientras que en *El dulce sabor del ensayo* reseña el libro *Cartas a una joven ensayista* que versa sobre el tratamiento de este género a través de un conjunto de epístolas. Además, en *Traducción, no traición*, ofrece una perspectiva valiosa sobre la traducción poética en este país con motivo de la publicación de *Traductores de poesía en Colombia*, donde se compila en antología el trabajo de setenta y cinco intelectuales de diversas épocas, y en *La libertad es una librería* y *Un gusto y un trabajo* comparte su visión personal sobre la lectura y su experiencia laboral en la biblioteca de la Universidad de Antioquia.

Este homenaje también incluye escritos e ilustraciones de personas cercanas a Luis Germán, las cuales, mediante una mirada íntima y personal y a través de trazos, líneas y gestos, intentaron dar cuenta de las diversas facetas de Germán. Agradecemos a los familiares, amigos y colegas que decidieron sumarse y aportar al presente número. Asimismo, a los editores que nos concedieron los permisos para publicar los ensayos y poemas presentes en esta edición.

En este número, celebramos no solo la vida y obra de Luis Germán Sierra Jaramillo, sino también el legado de *Leer y Releer* como un vehículo de promoción de la buena literatura y del placer de la lectura. De esta hojarasca surge un nuevo abono para el bosque de las palabras, porque quien madruga a la cosecha de lecturas anochece encallecido, según Pavese. En suma, este homenaje es un testimonio de gratitud y admiración hacia un hombre cuya pasión por la palabra y compromiso con la cultura continúan inspirando a todos aquellos que tienen el privilegio de conocerlo y disfrutar de su obra.

María Camila Zuluaga y José Luis Arboleda



Ángela María Ramírez. *El rincón de Germán*. Acuarela, 20 x 31 cm, 2024

Los mimos: al fin el silencio, al fin la levedad. Al fin la transparencia del gesto¹

Luis Germán Sierra Jaramillo

En Medellín hemos visto muy pocos mimos que de verdad nos enseñen ese arte del movimiento y el gesto teatral, íntimo, gracioso. Mimos que nos llamen a una función para mostrarnos una obra, para contarnos historias que se sostengan en el solo hilo del silencio. Desde hace un tiempo hemos visto mimos en los parques y en las aceras del centro de la ciudad remedando peatones, llamando la atención de un público ávido de chistes y de burlas. Y soportando algunos puñetazos y muchos insultos.

1 Tomado de: Sierra, L. G. (2001). Los mimos: al fin el silencio, al fin la levedad. al fin la transparencia del gesto. *DesHora, Revista de Poesía*, 8, 127-129.

Después se han vuelto objeto de campañas de alcaldías para llevar mensajes de buen comportamiento ciudadano en las calles, de respeto de las señales de tránsito, etc. La cara pintada de blanco, guantes blancos, y algunos movimientos aprendidos y repetidos con más rutina que arte, han dado licencia para salir a las calles a ejercer un oficio más parecido al de payaso que al de mimo. Hoy algunos de estos personajes se limitan, en los semáforos, a vender pequeñas mercancías por las ventanillas de los carros. Y alguien dirá, engañándose: “Un mimo me vendió esta mandarina”.

Todo ello, en la vida del rebusque de nuestras atestadas ciudades, puede ser legítimo, pero ¿habrá verdaderos mimos de entre todos aquellos?

He visto en nuestra ciudad, en toda mi vida, dos o tres mimos haciéndole honor a ese oficio. Haciendo reír y haciendo pensar con historias cotidianas, llevando a sus manos y a sus gestos personajes que el público reconoce, asombrando con la intensidad y la exactitud de sus movimientos, construyendo en el aire una arquitectura y unos protagonistas como en las mejores narraciones (para las escuelas de teatro todo esto debe ser arte menor).

Como sea, es fácil comprobar que el público normal, el de a pie, el de la calle, siente un gran aprecio por estos actores que, buenos o malos, están desde hace años al alcance del ojo, en la mitad del camino hacia la próxima urgencia, atravesados en la rutina de ciudades casi siempre sin alegría. Por ello, no asombra la acogida que Medellín le dio al IV Festival Internacional de Mimos, organizado por la Corporación Artística La Polilla, del 27 de mayo al 10 de junio de 2001, y donde participaron representantes de Colombia, Argentina, Brasil y Alemania, entre otros. En un cálculo pesimista, se podría decir que gran parte de ese público asistió para ver payasadas, mimos remedones, o incluso para escuchar chistes, según los referentes que hemos tenido en la ciudad. Muchos, sin duda, así lo pensaron, y por ello en el teatro Camilo Torres de la Universidad de Antioquia, donde anunciaban a Josef Michael Kreutzer, Jomi, de Alemania, antes, durante y después de la presentación, hubo mucho

público y mucho ruido. El entusiasmo de la gente de Medellín no soporta el silencio. Mucha expectativa para escuchar el chiste con el aplauso engatillado, como ya se dijo del público del Festival de Poesía. Unas ganas grandes de aplaudir. En cualquier momento y a cualquiera.

El mimo empezó, y poco a poco puso sus condiciones: las del silencio. Paulatinamente el ruido fue diluyéndose en un murmullo apenas, en un cuchicheo de voces en sordina, que iba diciendo a los niños y a los bebés qué estaba pasando allá adelante con el payaso que no hablaba, que gesticulaba y se movía de un lado para otro.

En la presentación que hicieron del artista dijeron que había sido discípulo de Marcel Marceau; un rato después no quedaba dudas de que venía de una buena escuela, de manos de un maestro. Y nos contó varias historias cortas, sencillas, amenas, perfectas. Solo gestos, solo movimientos precisos y plásticos. Dos enamorados que besan y se acarician con pasión, las manos como aspas que son dos, que son cuatro... dos cuerpos en uno y el adiós, el fin; y el tipo encartado, al revés de la realidad, con un pequeño bulto: los avatares de un pobre hombre que enfrenta solo la responsabilidad de cuidar un bebé en su casa, esa domesticidad que nos vuelve ridículos y cómicos hasta el patetismo. Y una marioneta, magistral, que lucha por su libertad, que rompe uno a uno los hilos que la sujetan y va logrando salir al mundo, romper la escafandra que le atormenta, pero encuentra que hay un hilo, atado a su corazón, que no le deja tener alas. Duda, trata de romperlo con delicadeza y no lo logra; se arriesga entonces con un gesto decidido, sabiendo que en ello se le va la vida. Y se le va. Dramática, feliz, triunfante esta hermosa pieza que corta la respiración en una metáfora estupenda y cruel de lo que somos: esclavos del corazón.

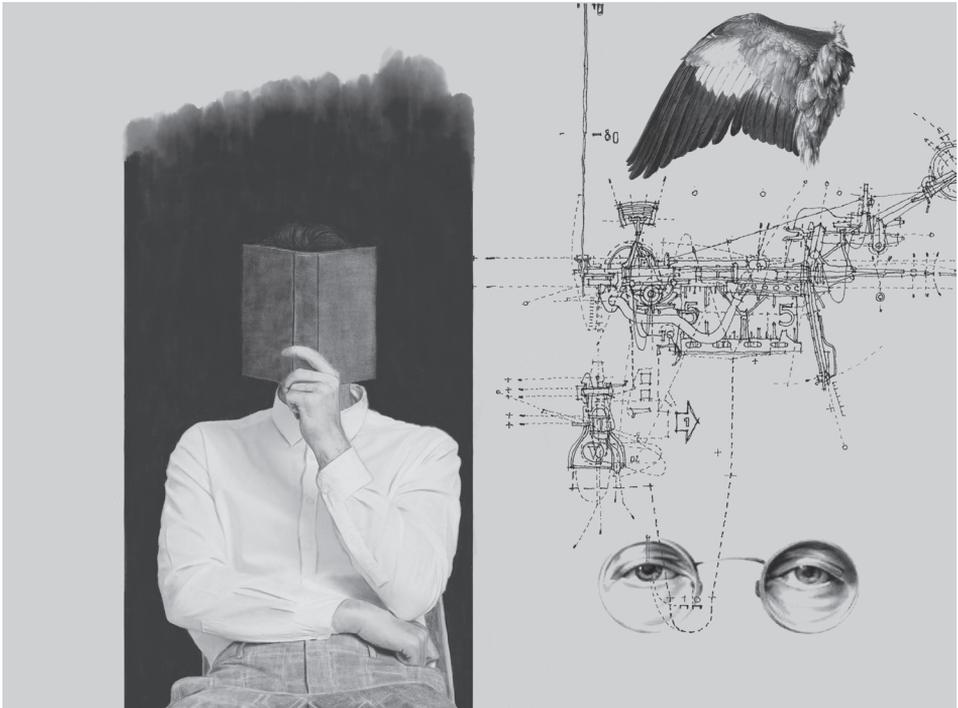
Creo que ese público bulloso también triunfó porque el mimo logró llevarlo hasta el final con la voz en vilo, con el aplauso engatillado, ahogado de silencio. Y llegó hasta el final ese público, un murmullo apenas, tal vez una vergüenza escondida.

No supe mucho más de otras presentaciones en diferentes

escenarios de la ciudad, además de que mucho público acompañó a los artistas en todas las funciones, y que varios de estos se empeñan en aquello que podríamos llamar vocinglería, tal vez para darle gusto al público, para no desentonar en lo que ya nos acostumbró la calle.

Un esfuerzo el de los organizadores a todas luces importante, que da a conocer al gran público lo esencial de un arte tomado muy poco en serio, y cuyos representantes entre nosotros son casi clandestinos. Habría que pensar, hipotéticamente, que este festival, y otros que vengan, deben servir para crearle al público referentes distintos del arte de la mímica, un poco de conocimiento de este aspecto teatral que, realizado con profesionalismo y con alma, constituye una demostración de arte, e, incluso, de poesía.

Cuando vemos a Marceau en la elemental representación de una mariposa, y sus manos son un perfecto aleteo, suave, lento, de colores, entonces entendemos que un mimo es un ser muy hermoso, y que sus actuaciones pueden llegar a ser más verdad que la misma realidad, y muchas veces una incómoda reflexión que nos da vida.



Jairo Acosta Silva. *Leer*. Lápiz sobre papel, dibujo digital, 2024

¿El Centro?: Sí, gracias²

Luis Germán Sierra Jaramillo

Tengo muchos años, no digamos cuántos, que no tiene importancia; lo que sí la tiene, al menos para mí, es que muchos de esos años los he vivido en el centro de la ciudad, o mejor será decir que los he vivido queriendo el centro de la ciudad, queriendo lo que he vivido en ese centro. Inconscientemente, aprendí que esa parte de la ciudad era fundamental en mi vida, que era fundamental en la vida de todo el mundo, por lo menos del mundo que yo más conocía y en el cual me gustaba moverme —hoy sé claramente que una ciudad sin centro es una especie de contrasentido, de cosa ridícula, como un cuerpo sin cabeza y sin alma—.

Los cines a los que iba con los amigos varios días en la semana; los cafés en los que nos sentábamos a echar carreta mientras bebíamos un café o unas cervezas o, solitarios, a leer; los auditorios en los que conocíamos gente y escritores y actores y pintores; las salas de exposiciones en las que fuimos explorando

² Tomado de: Sierra, L. G. (2017). ¿El Centro?: Sí, gracias. *Agenda Cultural Alma Máter*, (244), 16.

el arte hasta pensar ingenuamente que ya entendíamos mucho; las librerías en las que fuimos haciendo nuestros pinos de bibliófilos y a las que entrábamos a gastarnos, sobre todo, el tiempo más moroso del mundo, y hasta comprábamos uno que otro libro; los restaurantes a los que íbamos a almorzar — o a desayunar después de pasar la noche por allí cerca, en algún hotel de media petaca, pero limpio, en alguna compañía— con los amigos y, después, hasta con los hijos, que allí, en ese centro, también se fueron criando, bajo ese paisaje de multitudes y de cosas para ver y oír y tocar y comer y leer y aprender y comprar.

Pero del centro se fue todo el mundo y al centro llegó todo el mundo. Poco a poco se fueron cerrando los cines y las librerías y los cafés y las salas de exposiciones y los restaurantes —aunque quedan en pie algunos emblemáticos y resistentes—. Se fueron cerrando hasta las aceras para caminar. A las nueve de la noche el centro de Medellín es un buque fantasmagórico y más sucio que nunca. Tal vez esta ciudad nunca ha sido lo que los gobernantes nos han querido convencer de que es: una tacita de plata. Lo que ellos han hecho, sobre todo, ha sido taponar los graves problemas que subyacen y que laten con cifras escalofriantes en muchos sentidos. Y también esos gobernantes se fueron del centro. “Ahí les dejamos”, parecieron decir. Y al centro llegó el griterío y el hacinamiento y la más absoluta informalidad y el delito multiplicado por mil y el parche — el de mugre es muy grande— y las carnicerías y las aceras atiborradas y los serenateros y...

Duele oír que nadie quiere ir al centro —aunque vive lleno, hacinado, sonámbulo—, que los encuentros se citan para los centros comerciales —encerrados, vigilados, súper iluminados— y que los hijos hoy, sin excepción, se crían allí.

Pero está claro que una ciudad sin centro, como es hoy Medellín, es un contrasentido, una cosa ridícula, como un cuerpo sin cabeza, sin alma.



Héctor Castaño. *APRdario*. Mixta sobre papel, 2024

Lenguaje y literatura³

Luis Germán Sierra Jaramillo

No es ninguna novedad o descubrimiento afirmar que en toda literatura se funda con propiedad un lenguaje y que ello marca una frontera con otras formas de expresión, como el uso del lenguaje cotidiano, científico, periodístico, etc. Lo anterior no obsta para que en ocasiones se funden esos lenguajes y los límites desaparezcan, dado que la obra literaria se alimenta tanto de las formas de la calle, como de los principios y lenguajes de las matemáticas, la medicina, la antropología y demás.

Juan Rulfo y sus ambientes y personajes de Comala, arraigados en el dolor, la desesperanza, el olvido y la muerte; Álvaro Mutis transfigurado en el lenguaje del agua, el escepticismo, la aventura, el viaje sin metas más allá del propio viaje, y finalmente la risa irónica sobre un destino inexorable; el enciclopedismo de Jorge Luis Borges vuelto literatura mediante el ejercicio de una potente imaginación que hace del rigor, el humor y la metáfora un mundo de ricos lenguajes.

³ Tomado de: Sierra, L. G. (1998). Lenguaje y literatura. *Agenda Cultural Alma Mater*, 33, 3.

Asimismo, el más común de los mortales a menudo se expresa con formas que son propias de la literatura, a veces inconscientemente y como fruto de tradiciones que se afincan en recreaciones de la lengua, fuera del uso práctico y utilitario. En algunas ocasiones, personajes de la literatura que nos parecen sacados de las más altas invenciones son seres de carne y hueso que han entrado “tal cual” a la historia literaria. Faulkner afirmaba que aprendía más acerca de la vida y la literatura hablando con sus amigos campesinos y pescadores, que de los círculos intelectuales y escritores de la ciudad.

Unas culturas son más ricas que otras en ese aspecto de la tradición, es obvio. Como no lo es afirmar que el lenguaje estereotipado y expansivo de la publicidad y muchos medios de información mata con rigor las posibilidades de juego y creación de la lengua en grandes poblaciones de las urbes modernas, apabulladas por la insustancialidad de mensajes dirigidos al solo consumo de bienes, redundante en la frivolidad de las costumbres y, por tanto, del lenguaje. La literatura es, justamente, una sanación de esa enfermedad.

En la obra literaria lo que más se pone en juego es precisamente la riqueza de la lengua, y su éxito se alcanza al constituirse en arte, es decir, en creación. Prueba de ello, como alguien lo anotó, es que con los mismos veintiocho caracteres del alfabeto que todos usamos a diario en nuestra comunicación oral y escrita en Colombia, Gabriel García Márquez, con sus libros, alcanza el Premio Nobel de Literatura. Y muchos otros autores logran un sitio importante en el gusto y el interés de diversos públicos, especializados y no.

La literatura conlleva un lenguaje propio y autónomo; sin embargo, accesible a cualquier lector, mediante la sola disposición a dejarse tomar de la mano por el autor y ser protagonista él mismo de aquello que solo en apariencia yace yerto en el papel. La obra literaria transforma no solo las maneras de observar y vivir el mundo, sino también las maneras de expresarlo.

He leído recientemente las novelas *Un beso de Dick*, de Fernando Molano y *Ah mar amargo*, de Óscar Castro García;

el poemario *Todas mis cosas en tus bolsillo*, del mismo Fernando Molano, y el libro de cuentos *Historias de la cárcel de Bellavista*, de José Libardo Porras, autores jóvenes de la última generación literaria de nuestro país, y es fácil observar cómo se encuentra en este casual conjunto, un lenguaje que, desde la literatura, devela las circunstancias de nuestra realidad más inmediata, llena de incertidumbres, violencia, marginalidad y estrechamiento físico y mental.

Pero ese develamiento lleva consigo no solo la puesta en escena de la realidad de nuestro tiempo —que de una u otra manera es la misma realidad de siempre—, sino que demuestra la contundencia de verdades sin dobleces, mediante un lenguaje que transforma la moralina con que a menudo la preceptiva oficial pretende enmascararlo todo.

En el lenguaje de estas obras, como en el de toda verdadera creación, subyace una riqueza estética que demuestra con solidez que en el lenguaje de la literatura existe una manera de curarse no solo del tedio, sino también de la mediocridad mental en que nos sume la rutina de verdades de cajón, de lenguajes de pantalla.



Fredy Agudelo. *Estampa*. Lápiz sobre papel, 29 x 21 cm, 2024

La lectura: juego y conocimiento⁴

Luis Germán Sierra Jaramillo

La lectura nace como curiosidad y termina o continúa para toda la vida como algo que no solo ocupa buena parte de nuestro tiempo, sino que determina nuestro temperamento y nuestra manera de amar. El libro ha sido el acompañante más fiel y el más lúcido en todas las grandes gestas de la humanidad. La diversión que nos proporciona la lectura es la prueba más fehaciente de libertad y por ello el libro ha sido perseguido a través de la historia y el placer de la lectura, cercenado, sin embargo, su muerte está muy lejos de ocurrir y cada día nos asombra más con la narración de grandes y lejanas aventuras en el tiempo y por ello será siempre el mejor amigo y el más feliz.

Ya sea por grupos o individualmente, la vida humana siempre conlleva un diálogo continuo entre lo que podrá ser y lo que es entre lo posible y lo real. Una mezcla sutil de creencia, conocimiento

4 Tomado de: Sierra, L. G. (1992). La lectura: juego y conocimiento. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 15(1), 45-51.

e imaginación conforma ante nuestros ojos la imagen siempre cambiante de lo posible. A esa imagen ajustamos nuestros deseos y nuestros temores. A ese “posible” adecuamos nuestro comportamiento y nuestros actos. En cierto sentido, muchas de las actividades, las artes, las ciencias, las técnicas o la política, no son sino formas específicas, cada una con sus propias reglas, de practicar el juego de lo posible (Jacob, 1982, p. 132).

No estaremos descubriendo nada afirmando que todo aquello que comienza como juego y diversión y que asume luego el carácter de pasión y conciencia, termina siendo, felizmente, producto de investigación y conocimiento. Toda tarea importante de nuestra vida, que merezca mencionarse, ha sufrido ese proceso. Nada nos es dado sin la experiencia y su aventura del sometimiento a la realidad. Aun los sueños no escapan del cotejo. La lectura, pues, no es la excepción de aquello que nace como curiosidad y termina, ya para toda la vida, como algo que no solo ocupa buena parte de nuestro tiempo, sino que determina hasta nuestro temperamento, nuestra manera de amar.

El libro ha sido el acompañante más fiel y también el más lúcido en todas las grandes gestas de la humanidad. Por demás está decir que esta tiene una historia que contar antes de la invención del libro, es decir, de la imprenta, y otra después de ella.

Se habla, naturalmente, de la distribución popular del libro que llegó con la invención de la imprenta en la primera mitad del siglo xv, porque el libro como publicación de obras lo habían ya realizado los griegos con Homero, por ejemplo, 400 años a. C., en rollos de papiro. Esto hizo decir al humanista vienés Karl Popper quien escribió un bello ensayo sobre el asunto, que “¡Hornero se convirtió en la primera diversión pública conocida!”. Luego dirá: “Este hecho [su publicación en libros] convirtió a Homero no solo en la biblia de Atenas, sino en el primer instrumento de educación, el primer abecedario, el primer silabario, la primera novela. Y convirtió a los atenienses en ilustrados”.

La diversión que nos proporciona la lectura, el regocijo que nos embarga ante la presencia silenciosa y delicada del libro

que hemos anhelado, es la prueba más fehaciente de libertad. Ella está en el inicio y en el final de ese acto voluntario que enrumba su camino hacia los horizontes del conocimiento de nosotros mismos y, por lo tanto, del mundo. Esto está avalado por ciertas épocas de la historia, en que algunos remedos de hombres en el poder han prohibido, por decreto y a la fuerza, la lectura de ciertos autores —lo cual ha sucedido de principio a fin desde la aparición del libro—, o de ciertos géneros, como el caso de la novela en la era medieval, por haber aparecido como sinónimo de ficción, de invención, de “mentira”. Las razones han sido múltiples: políticas, religiosas, morales, o esa elemental de la imaginación: si un pueblo no juega, no se divierte, no imagina, tampoco es capaz de crear, de conocer más allá de su pobre entorno, entonces su sometimiento está asegurado.

Esa puja, aunque ha sido vencida justamente por el prodigio de la imaginación y los francos avances de la democracia, aún pervive en casos que tienen más que ver con extravagantes lunares de ortodoxia religiosa o de crasa ignorancia que conllevan a moralismos o supuestas salvaguardias del lenguaje, como ocurrió recientemente en alguna pequeña escuela de nuestro país donde fue prohibido García Márquez por “vulgar y obsceno”.

Es la misma pugna que ha existido siempre entre el sueño y la razón. Hasta nuestros oídos llegan todavía las palabras de Francisco de Goya ante la persecución atroz de la Inquisición a toda expresión del arte popular: “Los sueños de la razón producen monstruos”. Pero esa pugna no está regida solo por regímenes dictatoriales, censuras eclesiásticas o ignorancias desaprensivas. En la dictadura de nuevo cuño contemporáneo que es la tecnología irreflexiva, estamos frente a un fenómeno tan atrofiante y entorpecedor como el peor de los que hemos mencionado. No pretendemos aquí indagar en los meandros de esa ciencia que también me parece maravillosa, sino llamar la atención, como muchos lo han hecho ya, en que la digestión abrupta de ese exquisito plato de la tecnología pueda estar confirmando aquellas palabras de Goya. Estoy pensando, cuando digo esto, en el “afán práctico” que de continuo estamos

presenciando en la sociedad actual, que busca la productividad a toda costa y que en no pocas ocasiones está matando o por lo menos omitiendo el placer de la lectura como una posibilidad enorme de usar el tiempo libre, que a la par proporciona conocimiento, capacidad de pensamiento y, por lo tanto, hombres con el recurso invaluable de la autodeterminación y la libertad. Gracias a los medios de información, a sus impresionantes avances tecnológicos, el mundo es cada vez más pequeño, es cada vez más una aldea. Por esto tenemos que alegrarnos, naturalmente, pero tenemos que hacerlo con reserva. A esa reserva yo la llamo curiosidad. La condición de saber, casi al unísono, lo que ahora ocurre en algún lugar remoto del planeta, Groenlandia, por ejemplo, ¿no me coloca bajo el peligro de conformarme con la información simplista, llamémosla turística, que me da la T.V. o el video o alguna exquisita revista comercial, perdiendo así aquel otro estímulo sin igual que me provoca la curiosidad? Sus cantores, sus comidas, sus poetas, las costumbres más humildes que revelan de verdad la condición humana de un pueblo, muy difícilmente llegan a través de un video que se vende en dólares. Ese conformismo, pues, mata realmente la posibilidad del relato, de la conversación próxima y calurosa con esos desconocidos que puedo llegar a querer. La posibilidad de la literatura, que solo proporciona curiosidad.

Los avances de la tecnología editorial han llevado a Colombia a ocupar un lugar preponderante en la producción de libros en el ámbito internacional. Paradójicamente, sin embargo, la cantidad y la calidad de lectores en nuestro país no solo no aumenta, sino que decrece con los años. La producción de libros, entonces, se asume solo como un negocio que, implícito a la tradición de ese término, carece de los ingredientes amorosos y sinceros que harían de ese producto un objeto bello y agradable, un verdadero compañero que nos ayude a soportar la tortuosa realidad. El libro se aleja de nosotros como ese cosmos de sueños donde es posible ir a vivir de a ratos, turnando las obligaciones de la rutina y las tareas cotidianas con el universo de la fantasía y los sueños. En ese cotejo no hay todavía vencedores

ni vencidos, es verdad, pero estamos ante el peligro inminente de que la economía y la tecnología (¿no serán lo mismo?) se lo coman todo y que las nuevas generaciones despierten ante el libro como ante un objeto de museo a donde solo unos pocos ociosos van para reírse de lo que hacían sus antepasados. La muerte del libro, sin embargo, está muy lejos de ocurrir. El hombre siempre requerirá de ese placer irremplazable que le proporciona el conocimiento de lugares y seres extraños a él, que se entretienen en tramas que, poco a poco, van configurando su propia vida y, como ante un espejo, el libro refleja su rostro y el de sus amigos, y el de sus muertos y el de sus sueños, y el de sus fantasmas. El libro es un milagro. ¿No es emocionante saber que entre nosotros vive un caballero andante del siglo XVI, romántico, idealista, guerrero por la justicia, loco de amor por una mujer que también amamos, acompañado por un amigo leal e inseparable que constantemente nos da lecciones de humildad y de buen humor? ¿No es emocionante saber que toda esta vida de caballeros y pastores, de amores imposibles pero hermosos fue imaginada por un hombre del siglo XVI solo por divertirse y que, pese a los años, esa historia vive aún entre nosotros, vital, fresca, enseñándonos en cada nueva lectura los prodigios insospechados de la ironía, el humor y el conocimiento de un lenguaje poderoso que campea entre los hombres y mujeres de su siglo y el niño que a esta hora, muy cerca de aquí, lanza su primer berrido de victoria por la vida? Es el milagro del libro y la fiesta de la lectura. “Macondo queda en Alemania”, le decía alguna vez una anciana de ese país a García Márquez en una carta que le envió a su casa en México. Solo la imaginación, la poesía y un conocimiento justo de los hombres pueden hacer de un lugar todos los lugares, de un hombre, todos los hombres, de un amor, todos los amores. El escritor posee ese conocimiento férreo y esa voluntad indoblegable de transformar la realidad en una y en mil páginas, solo para que los hombres seamos mejores y el mundo un lugar habitable. A través de la poesía, lenguaje íntimo y sincero de todos los hombres, de todas las cosas, de toda la naturaleza y de todo el cielo

que perciben su presencia sobre la tierra, el escritor inaugura el juego de lo posible. Transmuta la curiosidad en conocimiento y hace de los materiales que lo rodean, seres vivos que se mueven y danzan al compás de la música inagotable de las palabras. La novela, el cuento, poema, el ensayo, la conversación y todo el arte que se transforma en celebración son los dones inapreciables que acercan a los hombres con los dioses.

Un hombre se salva de las procelosas aguas de las rutinas de su vida o desciende a los abismos de imprevistos infiernos, en el acto voluntario de la lectura, sentado en la mejor butaca de su casa, con un libro entre las manos y los pies elevados casi al techo, en una posición que ni siquiera Dios imaginó cuando nos echó al mundo solo a trabajar.

Cortázar dijo alguna vez que un libro era el único lugar de la casa donde podía estar tranquilo. En uno de sus cuentos, sin embargo, el lector de una novela encuentra la muerte, cómodamente arrellanado frente al parque de los robles a manos de un asesino que se acerca por la espalda y apuñala al lector de una novela, cómodamente arrellanado frente al parque de los robles. Metáfora cíclica del lector, ese cuento, “Continuidad de los parques”, nos advierte de la patética aventura de la lectura. Esa tranquilidad es relativa, porque en el momento en el que nos abandonamos al libro, en él el mundo se abre con todos sus riesgos y todos sus anhelos, con todas sus alegrías y todas sus derrotas, con toda su miseria y toda su grandeza. Allí vamos de bruces a la lucha por la felicidad, en un tinglado que a veces supera el de la realidad. En un juego que se parece, quizás, a un reto con Dios. Allí estamos frente a un creador que imagina personajes y escenarios, hombres y mujeres, árboles y cielos, amores y destierros, jardines y desiertos.

Un creador que imagina su propio mundo, su realidad aparte, y con ella, muchas veces se asemeja a Dios, o lo supera por ese prodigioso de la imaginación. El lector es arte y parte del mundo creado por el escritor y este a su vez es creación de su lector. Están hechos el uno para el otro y el mundo sería impensable sin alguno de los dos. Un juego de espejos móviles

intercede esa relación, amorosa y trágica al mismo tiempo. El rostro del autor en manos de su lector, paulatinamente, a medida que las páginas se suceden, se va transformando en mil rostros, en todos los rostros, pierde su identidad y ahora no interesa porque son los mismos rostros del lector. Mutuamente se consumen y se inventan. El espejo se rompe solo como un truco porque siempre aparece uno nuevo que comporta, al igual, otro sueño. Terminamos el libro y estamos metamorfoseados por aquella operación invisible de la escritura. Ahora miramos hacia un cielo más vasto, porque ahora tenemos más palabras.

Memoria y libro son sinónimos, como quería Borges y como Cervantes, sin quererlo, lo ha dicho durante 376 años. Los ángeles de la gran biblioteca de los hombres que consuman a diario y en todas las lenguas de la tierra el juego de lo posible.

Atrás ha quedado en el tiempo, pero aún pervive en mi memoria, ese niño iletrado que se asombró una tarde ante una página escrita, con sus letras movidas por la lluvia y se preguntó curioso ¿qué podría decir ese papel abandonado, ¿quién tendría la rica facultad de escribir palabras y, sobre todo, ¿cuánto tardaría el espléndido día en que él mismo fuera capaz, por sus propios medios de escribir páginas así y, mejor que eso, de leerlas? Ahora ese niño posee la felicidad de la lectura y también de la escritura, pero nunca ha podido despojarse del asombro, por más que se hizo hombre y a lo largo de su vida los libros corren por sus manos como inquietas y brinconas ardillas. Ese niño se frota las manos de contento cada vez que tomo entre mis manos el libro anhelado y por eso sé, por eso estoy seguro de que él siempre será mi mejor amigo. Es él quien posee el asombro y la curiosidad. Él es más feliz que yo.

Referencias bibliográficas

- Cortázar, J. (1980). *El perseguidor y otros relatos*. Editorial Bruguera.
- Jacob, F. (1982). Prólogo. En *El Juego de lo Posible*. Grijalbo Mondadori.
- Popper, K. (1991). Los libros y el milagro de la democracia. *Revista Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, (249), 44-47.



Eros

Hernando Guerrero 2020

Hernando Guerrero. *Eros*. Colografía, 2020

El dulce sabor del ensayo⁵

Luis Germán Sierra Jaramillo

Son poco comunes los libros que tienen como propósito reflexionar acerca del ensayo. Ensayos sobre el ensayo. Uno encuentra mucho más fácilmente libros de ensayos sobre la poesía o sobre el cuento o, de sobra, sobre la novela. O encuentra con cierta frecuencia poemas sobre la poesía —normalmente se llaman “Arte poética”— o novelas donde se reflexiona sobre la novela misma, especie de juegos a veces muy afortunados, en ambos casos.

El libro que quiero comentar a continuación no está planteado como una serie de ensayos sobre el tema del ensayo, sino como una serie de cartas que escribe alguien que no sabemos exactamente quién es —un profesor, un escritor, un reflexivo lector, alguien que ama el ensayo; o todos al mismo tiempo—, que tiene como motivo fundamental hablar sobre ese género y

⁵ Tomado de: Sierra, L. G. (2022). El dulce sabor del ensayo. *Revista Universidad de Antioquia*, 345, 202-204.

que tiene como receptora de las cartas a una mujer. A una muchacha —que conocemos solo por las palabras de él, ya que de ella no figura una sola misiva—, según nos cuenta el autor desde la primera página, que se interesa en esa escritura. Cartas sobre el ensayo dirigidas a una mujer y no a un hombre, como ha sido la tradición en las cartas que, a la vez, son consejos literarios de algunos escritores famosos. Verbigracia, *Cartas a un joven poeta* de Reiner María Rilke o *Cartas a un joven cuentista* de Silvina Bullrich o *Cartas a un joven novelista* de Mario Vargas Llosa.

Entonces el libro de marras es de género epistolar, si somos rigurosos. Pero no lo seamos mucho, dado que el autor del libro tampoco lo es del todo —se trata de escribir acerca del ensayo y no acerca de un invento científico o de algo por el estilo—, y lo que nos plantea es una especie de juego: reflexiona sobre diversos aspectos del ensayo valiéndose de un truco, que es una suerte de ficción. Porque hay lío en todo esto; al final, es evidente, hay enamoramiento y efectivamente, hay encuentros entre el emisor de los mensajes y su receptora —el autor se encarga de hacer alusión a ellos, sin detalles, tal vez como debe ser, porque ese no es el tema del libro—.

El libro también puede ser una novela, viéndolo bien. Hay trama; hay historias; hay diálogos (tácitos), porque la práctica epistolar es un diálogo. Pero, en fin, no enredemos la pita, dejémosla tal como está: cartas dirigidas a una muchacha, inmersas en asuntos del ensayo como género literario.

Cartas a una joven ensayista es un libro compuesto por una serie de capítulos que establecen, a su vez, aspectos que tienen normalmente que ver con el tratamiento del ensayo. Podrían ser tildados, entonces, de pequeños ensayos sobre el ensayo, pero ya dijimos que íbamos a tratar el libro bajo el género epistolar, para seguir el juego que propone el autor. El libro establece una serie de encabezados bajo los cuales se mueve el género. Así, el índice nos indica varios aspectos —pueden ser del ensayo, pueden ser de cualquier otro género literario— que el autor de las cartas va desbrozando o, mejor, va recreando, poniendo en ellos referencias, nombres de obras y de autores,

fechas, conceptos —como un profesor, pero ante todo como un lector atento e informado y como un conocedor del género—: “Fronteras”, “Cultura”, “Espacio”, “Tiempo”, hasta llegar al aparte final, “Erótica”, que comienza diciendo:

Querida amiga, ¿has pensado en la diferencia que hay entre escribir para el ausente y hacerlo para quien está a nuestro lado? [...] Dormir contigo es como haber dado la vuelta a la página de las páginas, la que aguardaba nuestro encuentro, esa que nos contiene de una vez y para siempre (Giraldo, 2017, p. 127).

En la primera carta, donde el autor toca el aspecto de las fronteras, se pregunta si el ensayo es, o no, literatura. Vaga, argumenta y habla largamente sobre el fundador del género, Michel de Montaigne. Alusión obligada, claro está. Coincide con muchos otros que dicen, acertadamente, que el ensayo no es sinónimo de intento o de escepticismo. Son las confesiones —tal vez anécdotas— que discurren sin ánimo de exhibicionismo, sino de búsquedas de alguna razón. “Yo soy la materia de mi libro”, dice Montaigne y con ello está diciendo, claro, que el ensayo es un asunto personal, una divagación anecdótica, si se quiere. Un regodeo ilustrado, podría decirse. Y donde se exhibe una excelente escritura, amena y sonriente. Pero no un tratado de ninguna índole: ni científico, ni social, ni económico, ni académico. Nada que pretenda el rigor del tratado o de la tesis. De todo ello hablan las cartas.

El último y penúltimo capítulos, “Erótica” y “Lectura”, son ya un delicioso juego en torno al papel de los cuerpos y del erotismo en el entramado que significan las miradas —no siempre puestas sobre la página— y los gustos compartidos, aunque sea la lectura del ensayo su materia prima. Además, son dos capítulos ilustrados a color —famosas pinturas de famosos pintores con imágenes sobre lectoras —ese tema eterno de la pintura, y fotografías de películas altamente eróticas— con alusiones (pies de imágenes) inventadas y achacadas a la muchacha mencionada. Juego de principio a fin, pie de imagen de *La lectora*, de Pierre-Auguste Renoir:

Renoir te adivinó también entre masas de colores, iluminada por la que irradia de las páginas. Podría ser asombro lo que pone el pintor en tus mejillas, o acaso un rubor sugerido por la historia que se lee. ¿Se trata de una aventura galante? ¿O es un ensayo que ha prendido luz en tu interior? ¿Se ve, en esos fulgores, la llegada del espacio que tanto buscaste? (Giraldo, 2017, p.).

Efrén Giraldo (Medellín, 1975), el autor del libro, es un gran conocedor del tema del ensayo y ha escrito varios libros que así lo evidencian, como *Proyecto para una revolución narrativa y otros ensayos* (con Francisco Pulgarín, 2005), *Marta Traba, crítica de arte latinoamericano* (2007), *Las verdades indirectas de la utopía pesimista* (2009), *Los límites del índice: Imagen fotográfica y arte contemporáneo en Colombia* (2010), *La poética del esbozo. Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Nicolás Gómez Dávila* (2014), además de premios y reconocimientos en el terreno del ensayo como el premio Universidad de Antioquia y la Beca de Creación Ciudad de Medellín. También es autor del singular libro de cuentos *La línea sin reposo* (2016), en el cual despliega sus conocimientos sobre arte, que no son pocos.

Referencias bibliográficas

Giraldo, E. (2017). *Cartas a un joven ensayista*. Editorial Eafit.



Adriana Pertuz. *Ramas*. Punta seca, 2024

Traducción, no traición⁶

Luis Germán Sierra Jaramillo

¿Es Colombia un país de traductores, de buenos traductores de poesía? Al vuelo, no habría suficientes argumentos para responder afirmativamente la pregunta. Uno recuerda que hace muchos años Jorge Zalamea tradujo *Pájaros* de Saint-John Perse, saltando la admiración y el agradecimiento del propio Nobel francés, quien le escribió al colombiano una efusiva carta admitiendo que la versión de su poemario en lengua castellana superaba, incluso, los alcances del libro original. Y este hecho literario ha permanecido en la historia de nuestras letras de manera similar al famoso 4-4 de Colombia ante Rusia en el campeonato mundial de Chile en 1962: una hazaña incomparable, irrepetible y citada hasta la saciedad. Hasta no hace mucho. Acontecimientos corrientes en un país provinciano, carente de historia y de tradición. Otros vientos han soplado, sin embargo, y al parecer ahora contamos con mejores selecciones de fútbol y con una literatura también más competente

⁶ Tomado de: Sierra, L. G. (1999). Traducción, no traición. *Deshora Revista de poesía*, 4, 77- 80.

y menos apenada, menos modesta. Sin entrar en los meandros de esa evolución y sin acudir al beneficio de inventario que ello requiere, con respecto a la pregunta inicial, es sorprendente tener entre manos el libro *Traductores de poesía en Colombia*, que acaba de publicar la Casa de Poesía Silva y que contiene el nada despreciable número de setenta y cinco nombres de autores colombianos, entre filósofos, periodistas, poetas, novelistas, profesores, expresidentes y desconocidos, traductores de poesía de buena parte del mundo.

De José Eusebio Caro a Rafael Gutiérrez Girardot, de Fidel Cano a José Manuel Arango, de Rafael Pombo a Pedro Gómez Valderrama, de José Asunción Silva a Jaime Jaramillo Escobar, de Gregorio Gutiérrez González a William Ospina, de Guillermo Valencia a Jorge Bustamante García, de Miguel Antonio Caro a Andrés Hoyos... Más de 150 años de nuestra historia literaria compendiados en lo que podría mirarse como un extenso viaje por las voces, la estética, el canto y la queja de la poesía más lejana y más antigua, más romántica y más burlona, más irreconocible y más moderna.

Andar por este libro es hacerlo, de hito en hito, por las impredecibles maneras de escribir poesía. Un viaje sin contraseña a las islas más recónditas de la creación y el sueño, conducidos por la sola voz de los gestores del canto de tierras impensables. La ironía y la altivez shakespereana; la bella y dulce y muy romántica tibieza de Luis de Camoens: “Transfórmase el que ama en cosa amada/ por obra y gracia de alta fantasía”; la cruel y airosa Balada de la cárcel de Reading de Óscar Wilde; las visiones de Satán, en las endiabladas lenguas de Baudelaire: “Oh tú, el más bello y sabio de todos los querubes,/ dios ante quien la mirra no arde en fragantes nubes” y de Artaud: “Fuego malvado que trepa,/ proyección perfecta y símbolo de voluntad imitada que se subleva,...”, vertidas hermosamente por Eduardo Castillo y Gómez Valderrama; un musical Cuervo de E. A. Poe por Carlos Arturo Torres; las amables versiones de Emily Dickinson por José Manuel Arango; de William Blake por Valencia Goelkel; de Goethe por Valencia —más poeta como

traductor, sin duda—; de Shakespeare por Ospina; de Dante por Carlos López Narváez; de Anna Ajmátova por Bustamente García; larguísimo etcétera.

Los prologuistas y seleccionadores de este libro, Jaime García Maffla y Rubén Sierra Mejía —quienes no incluyeron ninguna traducción de poesía oriental, quedando la duda en el lector de si no existe nada en tal sentido, o no “clasificaron” las existentes —, traen en su texto introductorio una acertada frase de Goethe, acorde con la sustancia de este trabajo: “En la traducción no debemos comprometernos en una lucha inmediata con la lengua extranjera; debemos llegar hasta lo intraducible y respetarlo, pues es allí donde residen el valor y el carácter de cada lengua”. Un acicate para quien emprende la ingrata tarea de la traducción —más aún si se trata de verter poesía—, pues el lector ágrafo en lenguas extranjeras debe conformarse con la simulación de texto que le entrega toda traducción, por la incansable fidelidad del lenguaje de la poesía en lengua ajena.

Basta observar, para corroborar lo anterior, el resultado de las distintas versiones de un mismo poema. A manera de ejemplo, el lector encuentra en este libro *Mi sueño familiar*, de Paul Verlaine, con cuatro versiones, distintas hasta la extrañeza. Es solo uno de los casos.

Intuición, olfato, libertad (sin traición) y un profundo conocimiento del idioma colonizado —que requiere casi colonizar esas mismas tierras—, darán como resultado casi siempre un acercamiento honrado y afectuoso al texto original. En un bello poema de Dereck Walcott, “Mitad del verano”, vertido por José Manuel Arango, dos versos, que tomo sin fórceps, ilustran plásticamente esa dificultad y ese desenlace: “El lenguaje nunca casa con la geografía, / excepto cuando la tierra y el relámpago riman”.

Arduo y loable trabajo el de antologistas y editores, que dan a la luz un libro no solo de gran hechura editorial, sino que también hace justicia a un aspecto poco apreciado y muy vilipendiado, como es este de la traducción. Desparroquializa la ignorancia —esa inválida con ojos de fuego— y corre el velo

de la pregunta inicial. Aun admitiendo que no todo aquí sea rima entre la tierra y el relámpago.

Una reseña bio-bibliográfica de todos y cada uno de los traductores, un índice que señala los textos y autores traducidos, y otro de los traductores con sus respectivos textos, rematan este libro de impecable factura y casi perfecta edición en pastas duras, papel Biblia y sobrecubierta de elegante diseño. Además del prólogo, que hace de carta de navegación imprescindible para emprender el viaje por la corriente sanguínea de los 138 poetas que aquí comparten asiento con el inquieto lector.

Una muestra, sí, apenas de cada autor, pero que deja un sentido panorámico de la poesía de todo el mundo (occidental), desde los años 1200 de Dante Alighieri, hasta los recientes de Marguerite Yourcenar. Geografías del lenguaje en el prodigio de un objeto bello, este libro.

Referencias Bibliográficas

García, J. M. y Sierra, R. (Comp.). (1999). *Traductores de poesía en Colombia. Antología*. Casa de Poesía Silva.



Viviana Pesce. *Latitud Sur*. Aguatinta, 2022

La libertad es una librería

Luis Germán Sierra Jaramillo

La lectura y los libros deberían ser dos de las tantas costumbres del ser humano. Y no deberían inculcarse mediante ninguna educación o campaña. Estar, simplemente, incorporadas a las necesidades más comunes, como comer o dormir. No es que sin los libros y sin la lectura el ser humano no pueda andar por el mundo, pero sí que con ellos la vida de los hombres y las mujeres es mucho más divertida, más provechosa, más audaz. Es mejor la vida con los libros y la lectura.

No en vano el ser humano, hace muchísimos años, inventó el alfabeto y también aprendió a unir las letras y con ello obtuvo el milagro de la lectura. Primero sobre tabletas de barro —hoy también existen las tabletas, pero son electrónicas—, luego sobre papiros y después sobre libros, tal como los conocemos hoy: físicos, para tocar y oler, y virtuales, para cargar cómodamente y recorrer en una pantalla. Y ambos, qué duda cabe, para disfrutar, para aprender leyendo. Para conocer otras

culturas, otros países, otras maneras de moverse en el mundo, distintas a las nuestras, a las que ya tenemos.

Es por ello que debemos defender los libros —así como aprendemos a defendernos del mal gusto y de los malos gobiernos—, y las condiciones mínimas para disfrutarlos y aprovecharnos de su condición de objetos bellos y perfectos; es por ello que debemos tomar los libros y la lectura como algo que nos pertenece desde siempre, aunque no sepamos conscientemente que eso constituye un patrimonio cierto, la verdadera extensión de la memoria y de la imaginación, como quiere el poeta.

Por eso mismo considero que las librerías hacen parte de la buena salud de las ciudades, de su calidad y del interés de sus visitantes. Entrar a una universidad, a una biblioteca o a una librería es entrar a territorios donde impera la libertad. Se respira distinto en cualquiera de estos sitios, hay sosiego. Muy probablemente porque en cualquiera de los tres territorios impera el pensamiento, la discusión, la palabra.

En una librería hay muchas palabras. Todas con la lengua ávida de contar. Pero sobre todo hay muchas obras, muchas construcciones. Ingeniería, literatura, música, fotografía, arquitectura, pintura, teatro, filosofía, otros idiomas. Y un largo etcétera. Es decir, en esa aparente quietud de las palabras, hay mucho movimiento. No solo el que significa pensar —que es cualquier cosa, menos quietud—, sino movimiento de las manos al dibujar, al pintar, al hacer y trazar un edificio; del cuerpo y de los pies al caminar y al moverse por las cadencias de una música; del cuerpo y de los pies al caminar y estar frente a una noticia o a un reportaje extraordinarios. Pensemos en cuánto movimiento hay en una novela, en un cuento o en un poema. Cómo se mueven sus personajes por distintos espacios, a veces por épocas distintas, en otros siglos, atrás o adelante.

Bien dice Juan Manuel Roca en un bello poema que se llama, justamente, “Arte del tiempo”, dándole vida a la página solo en apariencia inerte:

El tiempo permanece atrapado / Entre los libros. Por este prodigio /
De aprehensión, Heráclito / Sigue bañándose en el mismo río, /
En la misma página. Tú seguirás / Para siempre desnuda en mi
poema. (Roca, 2018, p. 19)

En este punto tomo en préstamo un párrafo, parafraseado, del libro *El infinito en un junco* de Irene Vallejo, referido a las bibliotecas, pero en el cual puede, perfectamente, estarse refiriendo a las librerías, a esta librería de la Editorial de la Universidad de Antioquia, que hoy se inaugura aquí, en este bello lugar de la ciudad:

En sus anaqueles aguardan juntos libros escritos en países enemigos, incluso en guerra unos con otros. Manuales de fotografía y de interpretación de los sueños. Ensayos que hablan de microbios y de galaxias. La autobiografía de un general al lado de las memorias de un desertor. La obra optimista de un autor incomprendido y la obra oscura de un autor de éxito. Los apuntes de una escritora viajera junto a los cinco tomos que necesita un escritor sedentario para contar con pelos y señales sus ensoñaciones. Ahí no se conocen las fronteras temporales ni geográficas. Y, por fin, estamos todos invitados a entrar: extranjeros y locales, gente con gafas, con lentillas o con legañas, hombres que llevan moño o mujeres que llevan corbata. Eso se parece a una utopía (Vallejo, 2020, p. 157).

Y es una suerte de utopía estar ahora inaugurando una nueva librería en la ciudad de Medellín. En su centro, para ser más exactos. Porque para nadie es un secreto que el centro de Medellín, como tantos de sus barrios, se ha vuelto poco menos que invivible. Abandonado por sus administradores y tomado por una delincuencia desalmada y legalizada por la ineptitud y los negocios de los primeros; pero cuya vitalidad y permanencia obedece a la terquedad y la utopía, valga la metáfora, de unas cuantas instituciones, entre las cuales se encuentra, claro, la Universidad desde este bello recinto.

La mejor salvaguarda para cualquier sociedad maltratada y que sufre la incapacidad y rapacidad de sus gobernantes es la cultura. Gracias a ella, y por más que es la gran desprotegida

de todos los poderes, los seres humanos tienen un poco de sosiego, de verdadero recreo, de contacto, cuántas veces gratuito, con grandes hacedores de obras científicas, de arte y literarias —como hoy, con la disposición libre de las obras completas de Tomás Carrasquilla, el gran autor antioqueño, por medios digitales, de parte de la Editorial Universidad de Antioquia—.

La cultura salva, cualquier cosa que ella signifique y cualquier cosa que sea la salvación para cada quien. Pero también se vale vivir sin esa opción, es posible que esa tabla de salvación que es la cultura y el arte se encuentre en otra parte. Solo que aquí también acudo a una voz extraordinaria, la de Ralph Waldo Emerson, quien dice que: “sin las grandes y magníficas artes que hablan al sentido de la belleza, el hombre me parece una pobre, desnuda y temblorosa criatura” (Emerson, 1990).

Es pobre la vida de una ciudad sin librerías importantes, donde puedan llegar “extranjeros y locales, gente con gafas, con lentillas o con legañas, hombres que llevan moño o mujeres que llevan corbata” (Vallejo, 2020, p. 157). Sin esos pequeños-grandes oasis en los cuales el caminante hace un alto para ojear, palpar, oler y leer en sus libros y revistas opciones para su tiempo libre, su tiempo de ocio, su verdadero tiempo. Quien compra un libro, compra el mejor tiempo de su vida en el cual se sentará a solas con un gran o una gran desconocida, casi siempre, que al poco rato será uno de sus mejores amigos o de sus mejores amigas. En el libro se saludan para siempre sin más interés que el de conocerse, que el de intercambiar opiniones, qué es, qué duda cabe, uno de los mayores placeres de la vida.

Quiero terminar con otra cita —Juan Gustavo Cobo Borda, ese gran amorador de libros y de librerías, se burlaría, y con mucha razón, por esta enorme casa de citas—, esta vez es Federico García Lorca, quien en su hermoso ensayo “Medio pan y un libro” dice, en alabanza absoluta de los libros:

¡Libros!, ¡libros! He aquí una palabra mágica que equivale a decir: amor, amor, y que debían los pueblos pedir como anhelan la lluvia para sus sementeras. Cuando el insigne escritor ruso, Fiódor

Dostoyevski, padre de la Revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita, pedía socorro en carta a su lejana familia, solo decía: “¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!”. Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua, pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir a la cumbre del espíritu y del corazón. Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida (García, 2016, p. 10).

Referencias bibliográficas

- Roca, J. M. (2018). Silabario del camino. En *Arte del tiempo* (19). Editorial Letra a Letra.
- Vallejo, I. (2020). *El infinito en un junco*. Siruela.
- Emerson, R. W. (1990). *Ensayos*. Editorial Porrúa.
- García, F. (2016). *Medio pan y un libro*. *Leer y releer*, 81, 7-58.



Héctor Castaño. *Macondo la tierra no prometida*. Mixta sobre papel, 2024

Un gusto y un trabajo

Luis Germán Sierra Jaramillo

Cuando trabajé para que me pagaran, lo hice, en buena medida, en la biblioteca de la Universidad de Antioquia. También trabajé —no muchos años— en un par de instituciones de la ciudad, de las cuales me quedan algunos amigos (que no es poco), pero en las que no disfruté casi nada. En la biblioteca de la Universidad, de donde salí jubilado en 2022, lo hice con un gusto que rayaba con la incondicionalidad. Apenas si me percataba de asuntos domésticos que, veía, a casi todos importaban, y con razón: el salario, los ascensos, los subsidios, las bonificaciones, los jefes, los cambios de jefes, los compañeros nuevos y un largo etcétera.

Y casi todo lo que hice me producía una gran satisfacción personal. Tal vez por eso me consideraba incondicional. Porque disfrutaba de lo que hacía, además de que me autoformaba. Leía y escribía. Escribía y leía. Aproveché enormemente que trabajaba en la biblioteca pública más importante de Antioquia con cerca de 300.000 libros físicos y muchos otros electrónicos. De física, de ingeniería, de antropología... de literatura. ¡De literatura! Poesía, novelas, cuentos, ensayos. Libros hermosos de pintura colombiana y del mundo entero. Y revistas, muchas

revistas. También de todas las materias. ¡Y de arte y de literatura! Una mina inagotable.

Como lo que me daba el pan para comer era una extensión de lo que hacía en casa en todos mis ratos y días libres: leer y escribir, me fui inventando cosas, programas. En la biblioteca de la Universidad era coordinador de actividades culturales. Tenía contacto con mucha gente, siempre relacionada con el arte y con la literatura en la universidad. Artistas, poetas, narradores, antropólogos, biólogos. Todos humanistas. Profesores, estudiantes, compañeros de trabajo.

Así nacieron programas de radio; ciclos de conferencias; lecturas en voz alta; vallas literarias; programaciones al aire libre de literatura, música, videos, voces; publicaciones; exposiciones. Estas últimas me resultaban particularmente placenteras porque, además de atender y conocer muchos artistas —insisto: casi siempre universitarios, aunque no siempre— que acudían a mi oficina o yo “descubría” e invitaba por fuera de ella, una vez que conveníamos fechas y logística, me daban la ocasión de ilustrar los catálogos —que imprimía en la imprenta universitaria— con sus propias obras y de escribir sobre ellas, bien fueran esculturas, fotografías, pinturas, dibujos o instalaciones. No siempre eran artistas profesionales, sino biólogos o antropólogos o ingenieros o estudiantes de distintas carreras. Pero con un trabajo artístico indiscutido. De investigación y de puesta en escena a todas luces interesante. Y siempre, de la primera a la última, fue para mí muy importante que les gustara lo que había escrito. Y tengo que decir que casi siempre fue gratificante.

De esta manera se instauraron en la biblioteca de la Universidad actividades culturales que, de una forma u otra, constituyen una especie de sello distintivo de la institución. Imposible no mencionar en esta suerte de balance de las actividades culturales a socios que se involucraban (y se involucran), como la oficina de relaciones públicas de la rectoría, el Museo Universitario, la Emisora Cultural, el Departamento de Comunicaciones, el Teatro Universitario y la imprenta universitaria, sin la cual nada de lo anterior sería posible.



Juliana Arango. Más que palabras. Collage análogo, 14cm x 21cm, 2024

Sobre mi padre

Laura Sierra Botero

En mis ojos mi papá es el señor de la biblioteca de la universidad. Mis recuerdos de él y con él están revueltos, *intertwined* como diría Borges, con ese lugar. En mi corazón hay una parte de él que es una idea y una imagen que se repite: su pelo y bigote negro y su camisa a cuadros a través del vidrio que da a las afueras de la biblioteca. Ese vidrio fue por años una puerta de comunicación entre nosotros. Si usted pasaba en ese momento me vería garabateando, con algún gesto, un código que significaba: café, algo, caminata.

Mi papá me dio la universidad desde niña porque ese era su lugar. La Universidad de Antioquia es mi casa porque es una gran casa heredada. Es difícil hacer una semblanza sobre Luis Germán Sierra porque ese nombre es el de mi padre, pero lo que quiero decir aquí es que el nombre, la obra y el padre se conjugan en mi historia.

Quizá un hombre es en cierta medida su obra, pero mi papá no es su obra: es el cuerpo que hace su obra, es decir, mi papá es esto que ha hecho toda su vida: ser un lector que lee y escribe e invita a otros a hacerlo. Su vida ha estado consagrada

a hacer para sí un rincón para ese hábito profundamente íntimo y sacar la fuerza y la alegría para que otros lo acompañemos en la tarea. Mi papá es un hombre que cree en las palabras. Esa es su vocación. La de encontrar la palabra precisa para designar una cosa y crear con ella el mundo. Es un hombre dispuesto a aprender y a enfrentar con su cuerpo, que es recio y también frágil, la inmensidad de este mundo.

Quiero decir por último la cosa que más admiro de él. A pocos conozco, en su silencio, tan delicadamente unidos a la vida. Tiene una consigna de Heralde que algún día adaptó para sí, y con la que me parece, sortea estoicamente los días: el escepticismo de la razón y el optimismo de la voluntad.

Me parece que su vida continúa siendo eso: la invitación a habitar este mundo posible. La apuesta en vida por la belleza y la imaginación. La creencia de que el mundo puede ser como lo hemos leído, como lo han imaginado otros y cuya creación, al amanecer de cada día, es el propósito de nuestra propia faena personal.

Enhorabuena

Gustavo Garcés

¡Cuánta pasión y cuánto oficio en la fructífera trayectoria de Luis Germán Sierra!: curador, poeta, crítico y editor.

Qué grato ha sido ser su amigo y gozar de su humor, de su conversación inagotable, de su generosidad.

Celebro su vocación indeclinable por la cultura, su voluntad entrañable para trasegar un camino a veces arduo, pero siempre lleno de sorpresas y de magia; celebro lo mucho que ha hecho y lo mucho que le resta.

Querido Germán

María Liliana Garzón

¡Qué gratos recuerdos vienen a mi memoria, cuántas jornadas compartidas, qué experiencia maravillosa es poder ver el disfrute, el placer y el gozo de alguien que, de verdad, hace eso que lo apasiona! Responsable, consagrado, pero también muy dispuesto con quienes visitaban su oficina. Estudiantes, auxiliares, profesores, compañeros de labores, amigos. A cada uno dedicó siempre una fracción de su valioso tiempo, este que para él se quedaba corto al final del día. Su voz no pasaba para nada inadvertida, sus risas algo contagiosas me hacían la pausa activa. Un hombre de carácter fuerte, pero a su vez de un corazón frágil, sensible. Lo recuerdo en su abrazo cálido, fraterno. Me complace su salud, su alegría y sus versos llenos de vida.

Germán de leer y releer

Gisela Posada Mejía

En esta casa del mundo que creemos durará para siempre, porque el mundo termina cuando nuestra propia vida acaba, hace algunos años recibí una noticia de tu hija sobre la hospitalización en la que estabas; en ese momento, como en otros donde la vida se pone seria ante la muerte, sentí que la noción de eternidad se esfumaba. Vivías una dolencia compleja, pero vos, con estoicismo, llevaste de la mano ese asunto mientras bordeabas el abismo. Hacías del silencio un camino para entender lo que te pasaba. Al cabo de un largo tramo volvimos a vernos y volvió tu sonrisa, junto con el abrazo que siempre me das. Te pregunté cómo habías vivido esas horas, los momentos, las entrevistas médicas, la larga estadía, y me respondiste: “Con mucha calma, mucha, mucha (reiterabas) y nunca dejé de leer”. Incluso, me contaste que fue en esa reclusión obligada para sanar el cuerpo y volver a la circulación, que el tiempo se aprovechó para terminar el último libro de poemas. Qué disciplina, qué compromiso consigo mismo y con la vida, pensé.

Cuando pienso en vos, pienso en las palabras y su poder maravilloso cuando se saben usar y poner en el lugar justo. Pienso en el café, en la amistad como un lugar donde las almas se encuentran y danzan. Ir contigo por ahí es tener la fortuna de estar acompañada de un poeta, y esa fortuna está en que los poetas ven el mundo de otra manera, lo atisban como auscultando lo que el alma de las cosas y de un suceder no revela en su primera piel. Las alusiones más allá de lo visto valen cualquier tarde, cualquier noche lluviosa o el afán de los días. Cuando te pienso, te imagino en una montaña de libros, en la más alta, y vos allá, extasiado, ocupado en cada árbol, en las plantas, en las grutas, en los ríos interiores que posees, porque para vos los libros no han sido objetos, son personas que hablan y entregan historias que trascienden el espacio y el tiempo. Mundos orgánicos a los que entramos por la puerta del deseo y nos expanden esta noción de vida propia y ajena como una familia humana que se cuenta su viaje reflexivo, sus amores, dolores que lleva, los recuerdos, las ansias y hasta las risas.

Cómo hablar mal de alguien a quien se quiere tanto. El amor obnubila la mirada y, ¿qué importa que así sea? A quien se ama hay que honrarlo, reconocerlo y quererlo en esta vida corta de efímera conciencia. Porque vos, aleteo intenso y naturaleza única, olés a biblioteca y a palabras, a los escritores que nunca leí pero que a través tuyo conocí. Vos, la alegría de la infancia, cuando juntos nos pensamos hacer *Palabras al viento*, ¿recuerdas? Ese programa que se tomó las afueras de la Biblioteca Central para leer poesía, ver películas y escuchar música. Terminábamos alegres de hacer tareas para disfrute del espíritu en la Universidad Pública, en su Plazuela Barrientos.

Una vez, también nos paramos frente a las instalaciones de esa gran pagoda llamada Biblioteca, el alma de la UdeA, donde eras otra Alma necesaria, y nos ideamos poner en esos nichos que hay ahí, palabras, eso, frases que resonaran inofensivamente en el corazón de todos. Ahí llegaron: Carlos Fuentes, Ernst Tugendhat, Gabriel García Márquez, María Teresa Uribe, Fernando González, Beatriz Restrepo, Constantino Kavafis,

José Manuel Arango, Martha Nussbaum y Ludwig Wittgenstein; tantos otros para musicalizar esos recodos de la arquitectura más bella del campus. Las agendas que elaboramos con variadas temáticas y que se han instalado en la memoria y el gusto colectivo... tantas y tantas cosas que con otros soñamos, pensamos, discutimos. Las campañas de defensa de lo público, en su identidad y entraña más profunda. Fuiste tamiz de las ideas con tu mirar certero, la medida del que sabe, del pulso interior que tienen y leen aquellos que conocen de qué está hecha una Universidad, su historia, su devenir, su innegociable libertad.

Sí, como a pocos orfebres de la vida y la palabra, te celebro en esa cotidiana manera tan extraordinaria de existir: reflexión, dulzura, creación, duda, rigor, coraje; un convencido de cerrar filas ante la imbecilidad del mundo.

Germán Sierra y la caja mágica

José Alonso Medina

Tuve la fortuna de tener durante treinta años como compañero de labores a Germán Sierra. Aunque su sede era la Biblioteca Central o Carlos Gaviria Díaz, como tan acertadamente fue nombrada, y la mía siempre fue la Biblioteca del Paraninfo, nos encontrábamos a menudo en diversas reuniones o efectuando algunas tareas.

Hace algunos años nos pidieron a Germán y a mí que seleccionáramos algunos libros de lectura para enviar a aquellas bibliotecas que por su especialización no tenían colección de literatura. Creí, ingenuamente, que esto se podía hacer rápidamente, que era pan comido. Llegué hasta donde Germán y le dije que procediéramos a cumplir con el encargo. Él con su afabilidad me informó que la colección de literatura contaba con aproximadamente 20.000 libros y nosotros debíamos seleccionar algunas cajas que contuvieran 50 libros cada una. Por lo tanto, debíamos establecer algunas pautas para hacer una buena selección.

Algunos de los criterios esbozados por Germán y que resultaban incontrovertibles fueron: incluir en la selección autores reconocidos de las distintas regiones del mundo, sin que faltaran allí escritores colombianos. Para confirmar que eran autores reconocidos había que preferir a aquellos que hubiesen ganado premios importantes tales como, premio Nobel, premio Cervantes, premio Rómulo Gallegos, premio Casa de las Américas, etc.

Hasta aquí todo parecía claro, pero me dijo que no podíamos dejar de lado algunos escritores importantes que no habían ganado los premios mencionados. Me empecé a inquietar, pues veía que se complicaba la situación. Me aclaró luego que, aunque el género mayor en la literatura era la novela, no podíamos dejar de incluir libros de cuentos, de poesía, de teatro y de ensayo. Me dijo que en todo caso siempre debía incluirse algunas mujeres que eran excelentes escritoras. También que, aunque diéramos prelación a los escritores clásicos, no podían faltar allí los de las nuevas generaciones.

Cuando percibí la dimensión del encargo —y faltaban algunos requisitos— estuve tentado a renunciar a tan delicada tarea, pero también comprendí que de la mano de Germán Sierra podía hacer un interesante recorrido a través de la colección de literatura. Efectivamente, cuando fuimos al encuentro de aquel ejército de autores, la mayoría de ellos interesados en hacer ese viaje en la caja mágica, Germán continuó con sus objetivas observaciones: debíamos incluir los libros mejor presentados y ojalá en buenas ediciones. Me explicaba entonces que había editoriales buenas, regulares y sobresalientes. Entre estas últimas mencionaba, a Gredos, Aguilar, Jackson, Espasa, Acantilado y Alianza. Finalmente, me habló de pequeños asuntos operativos, por ejemplo, que para seleccionar un libro siempre debía quedar uno de igual título en la Biblioteca, salvo que en varios años no hubiese tenido préstamos.

Lo mejor venía cuando Germán tomaba aquel libro candidato a viajar, lo acariciaba, lo olía, lo abría y mencionaba algunos datos del autor y de esa obra en particular. Debido a que los

libros de literatura, en todas las bibliotecas, están organizados de acuerdo con la nacionalidad del autor, el primer país en el orden es la literatura de Estados Unidos. Pues bien, al llegar allí, Germán me recibió con uno de los primeros e inolvidables comentarios que daban cuenta de lo que me esperaba en adelante. Tomó el libro *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving y me explicó que la Alhambra era un palacio de Granada construido por los moros que habían estado afincados durante ocho siglos en España y donde habían hecho gala de su buen gusto arquitectónico. De manera similar procedió muchísimas veces con otras obras. A veces se detenía, abría los ojos más de lo normal y exclamaba: “¡cómo que esta obra está aquí y yo no la había visto!”. La separaba entonces y advertía: “Este libro no es para la caja, este viaja, pero conmigo”.

Ahora cuando tímidamente me asomo por esas colecciones de literatura, me parece escuchar las voces de los escritores que allí habitan preguntando por su viejo amigo Germán Sierra.

Luis Germán, poeta

Robinson Quintero Ossa

Livia y los insectos

*Livia atiende a una señora de edad avanzada
tendida en una camilla y bajo los efectos de algún
soporífero
que no le hace perder del todo la conciencia.
Le dice algo gracioso, la hace sonreír un poco
y con sumo cuidado la ayuda a pasarse de la camilla
a una suerte de cama,
antes de llevarla al examen donde calibrarán su cabeza,
un poco perdida.
La señora, desdentada y con la ayuda de una pipeta
de oxígeno,
es poco menos que un despojo humano,
pero Livia la trata con una dignidad que conmueve.
Desde el mostrador donde ella trabaja
y en los pacientes mismos
lo ha visto casi todo, espeluznante.*

*Y todos reciben su voz dulce y cantarina. Y su paciencia.
Soy tal vez el último paciente que espera
en esa sala helada.*

*De repente, un pequeñísimo insecto volador se ha posado
sobre una de las lámparas del techo,*

a gran distancia del mostrador de Livia.

*Ella, sin embargo, entra en pánico, mira de reojo hacia
la lámpara*

y toma entre sus manos un pequeño aerosol.

En estas páginas de *Leer y releer* que destacan la inspiración literaria, lectora y cultural de Luis Germán Sierra, quiero hablar de su poesía y, en especial, sobre el poema que anticipo, pues su modo y asunto hablan de su particular instinto de poeta, de las obsesiones y discernimientos de su escritura.

El poema, su tonada de relato corto, sonrío en la página 39 de *Todos los años del mundo* (Sílaba, 2023), y ahora, por gracia de esta nota, en estas planas: me trama su discreta ironía, su paradoja, esa manera de apuntar que en ocasiones oponemos tenacidad para los grandes dolores, pero poca firmeza para los pequeños males; esa manera de anotar que, en la tensión de la enfermedad, con su ánimo desembarazado, el humor, su fuerza en el desahogo, trasciende el abatimiento. Otra cosa: considero un acierto dramático la sorpresiva aparición del poeta en el elenco del poema, también enfermo en esa sala helada que es la espera, chocado ante la demacrada escena, lo que le da al relato en verso un punto de giro que lo hace más desolador y más conmovedor. Una cosa más: admiro en el trazo de las líneas la confianza del escritor en la composición, el transparente acabado, el silencio que dice en los sentidos apenas insinuados, lo que habla de la dignidad de su oficio, de su perspicacia en letras, de su auténtica vocación: “Todos los años del mundo / para escribir un poema, / pero sin ninguna certeza. / A ciegas como al principio. / A tientas como siempre” (“A tientas”).

Estos versos que cito de Luis Germán, como otros que están en la imprenta de *Coda de silencio* (2016), su primer libro, y como los que anticipan esta nota, representan lo que es una constancia en su obra, es decir, la celebración de la vida que persiste, que lucha en el adverso, que resiste a la dolencia. Así, en “Livia y los insectos”, nos pone ante esa experiencia común e ineludible de la enfermedad, del dolor, de esas livideces que recuerdan nuestra transitoriedad e insignificancia y que lastiman más allá del daño físico, sugiriéndonos por igual que la escritura del poema —así como su lectura—, por su manera de entrever, por el espíritu de su canto, puede ser lucidez en el malestar, y quizá linimento. Esto quería destacar de la inspiración poética de Luis Germán. Pienso que los creadores inmejorables son aquellos que nos dicen de las situaciones adversas del hombre esclareciendo con el arrojo de su escritura el infortunio, aquellos que nos dedican compañía y nos dejan como revelación su “poderosa y humilde imaginación”, el peso enorme de la palabra contra el desfallecimiento. Luis Germán es uno de ellos.

Saludos, ipoeta!



Jairo Acosta Silva. *A tintas*. Imagen digital, 2024

El hombre en su catedral

Paloma Pérez Sastre

A Luis Germán y a mí nos fueron acercando las reuniones para asuntos de cultura. Así nos unimos a proyectos universitarios e inventamos otros, como la publicación anual de los folletos de poesía en torno a un tema: la palabra, los árboles, el arte, la vida cotidiana, los animales, la ciudad. Una dicha porque el proceso, además del placer de la búsqueda y las lecturas, incluía las ilustraciones de un artista de la casa y las artes editoriales. Ambos habíamos pasado la vida en la Universidad, pero nuestros lugares de trabajo no coincidían; él estaba en la biblioteca del campus y yo en la Facultad de Medicina. A menudo iba a visitarlo a su oficina y a veces almorzábamos por ahí cerca. La Biblioteca es mi catedral; ante su presencia, vuelvo a ser la estudiante de primer semestre enmudecida y deslumbrada con la magnitud del espacio y su belleza, por el espejo de agua, el mural, los pendones con frases de mis profesores amados: Beatriz Restrepo, María Teresa Uribe, Carlos Gaviria, José Manuel Arango.

¡Palomilla! era la acogida de Germán apenas me asomaba. Siempre tenía un regalo, *Leer y releer* y alguna cosa más.

Despachados nuestros pendientes, salíamos a tomar tinto con aire y sol, en la burbuja del bloque 5. Y sentados en una de las jardineras de cemento, nos dedicábamos al goce de la conversación: los hijos, una exposición, un descubrimiento literario, algún chisme y, últimamente, los mutuos retiros laborales. De aquellas conversaciones que se prolongan en la imaginación y dejan un halo largo, dulce y deseoso de empezar de nuevo, un día escribí un poema. Aquí va, para vos, Germán.

Receta

Ayer supe que ya somos amigos.

*Ni una pizca de cautela,
y una nota mansa en la voz.*



Rafael Germán Rengifo. *Sol en el café*. Grafito sobre papel, 22 x 28 cm, 2024

Las palabras de mi padre

Pocas, elementales,
me asaltan
las palabras de mi padre.
Entran en mangas de camisa
en mis palabras.

Luis Germán Sierra.

Leer

La lluvia,
que ahora cae
sobre el nombre de la loza
bajo la cual hace años descansas
y descuidas el mundo,
es la misma
que aquella tarde
corría las palabras
que yo no sabía leer
en la hoja de cuaderno
abandonada.

Luis Germán Sierra.

Papeles

En el silencio de las gavetas
la carne de las palabras
no se pudre.

Luis Germán Sierra.

Elkin

Murió Tere,
la mujer de mi amigo dibujante.
Era su mejor amiga,
algo extraño entre las parejas
que llevan mucho tiempo.
¿Elkin sin Tere? Muy raro.
Excepto que siga dibujándola,
conservándola de esa manera,
como hizo durante tantos años,
para mantener vivo el amor.
Para mantenerla viva, ahora.

Luis Germán Sierra.

Lenguas

Cuando era niño no había guerras.
No había que hacer refugios
ni dejar la escuela
por intermitentes bombardeos.
Lo más hostil cuando era niño
eran las lenguas de mis hermanos
–juego rabioso–
en la cocina llena de olores dulces
y de la paz simulada de mamá.
Lenguas desafiantes como cuchillos,
mudas y altaneras.

Luis Germán Sierra.

Tus manos

Deja esos poemas como están,
haikuista,
escritos en ese idioma imposible
por quienes no usan la razón,
sino aromas de palabras.
Ya son bellos en su inalcanzable percepción.
Tú no te esfuerces,
tratando de escribir como ellos,
en hacer cantar al akita,
en hacer despuntar la zacura,
o en hacer mover levemente las ramas del cerezo.
Escribe poemas comunes y corrientes.
Poemas sucios, como tu vida.
Donde veamos tus manos.

Luis Germán Sierra.



Elkin Úsuga Guisao. *Germán Sierra, el poeta*. Acuarela, 22,4 x 23 cm, 2024

Cada poema de Germán es como una pincelada en un cuadro que nos presenta con nuevos contornos y renovada belleza la cotidianidad.

Adriana Pertuz Valencia

De Germán solo sé que es una persona muy correcta y con una gran calidez humana. Lo admiro grandemente.

Ángela Ramírez Vergara

En los meses de enero y marzo del 2024, se exhibió en el museo Maja de Jericó, la serie *Colombia Orgánica*, un conjunto de 13 obras. Nunca dude que, para la reseña de esta exposición, Luis Germán Sierra fuera quien redactara unos párrafos. Con la diligencia y la seriedad que lo caracterizan, respondió a mí llamado. Gracias Germán por las precisas palabras que quedaron escritas en *Las amables pinturas de Héctor Castaño*.

Héctor Castaño

Germán ha mantenido contacto permanente con diversos grupos de estudiantes y académicos para la edición de la bella revista *Leer y Releer*, ¡Felicitaciones, querido amigo!

Hernando Guerrero

A Germán lo conocí en La Biblioteca de la Universidad. Ya sabía de él, porque le gustaba el grabado y la gráfica, también por todas las exposiciones que se hicieron allí. Germán sabía de grabado y gráfica y en general de arte. Apenas le mostraban obras él reaccionaba, una persona sensible y conversador, risueño, muchas charlas simpáticas pude tener con él. Escritor y creador de la revista *Leer y Releer* y sus aportes a la cultura muy importantes.

Viviana Pesce Serrano

Germán, te admiro como esa persona con fuerza y sensibilidad, creador de poemas que llegan al alma. Gracias por tu amistad y presencia en nuestras vidas.

Ana Sierra

Germán fue mucho más que un maestro; fue mi guía y mentor en el proceso de descubrir cómo el arte y la literatura pueden construir cultura y enriquecer nuestra humanidad. Desde el corazón del sistema de bibliotecas de la Universidad de Antioquia, Germán me ofreció la invaluable oportunidad de explorar y contribuir al mundo del arte y las letras. Durante toda mi carrera, su influencia fue palpable mientras trabajábamos juntos en la creación de la revista *Leer y Releer*, un proyecto que no solo fomentaba el amor por la literatura, sino que también promovía la reflexión crítica y la expresión artística.

Colaborar en la realización de montajes para exposiciones bajo su dirección me enseñó a apreciar la conexión profunda entre las obras de arte y su impacto en la audiencia. Más allá de enseñarme técnicas y estrategias curatoriales, Germán enfatizó la importancia de cultivar la empatía y el entendimiento a través del arte y la cultura. Para él, la literatura no era solo un medio de expresión, sino un vehículo para explorar la complejidad humana y promover el diálogo entre diferentes perspectivas.

Su enfoque no solo se centraba en el desarrollo artístico, sino también en el crecimiento personal y moral. Gracias a su

orientación, aprendí a valorar a las personas por su humanidad, a reconocer la belleza en la diversidad y a comprender la responsabilidad ética que conlleva el arte. Germán me enseñó que el arte y la literatura no solo deben entretener, sino también educar, inspirar y provocar un cambio positivo en la sociedad.

Jairo Acosta Silva

Tranquilidad, amabilidad, generosidad, sensibilidad, discreción, valentía, son algunas de las palabras que caben abundantes en Luis Germán Sierra; el amigo, escritor, contertulio, poeta, lector, ensayista. Desde que tengo el privilegio de conocerlo, siempre he pensado que es un ser que está repleto de amor, y algo de eso nos ha tocado de alguna manera a través de su forma particular y bella de relacionarse con los otros. Su modo de leer el mundo, la vida, es a la vez su forma de mostrarnos nuevos horizontes. Por esto y por mucho más, gracias por estar en el camino.

Juliana Arango Álvarez

leer
la lluvia,
que ahora cae
sobre el nombre de
bajo la cual hace años descansas
y descuidas el mundo.
es la misma
que aquella tarde
que yo no sabía leer
en la hoja de
abandonada
futbol
pateaban
que dejaba
nos embarrar
elkin
mujer
era su mejor amiga
algo extraño entre las
que lleva mucho tiempo
elkin sin tener muy raro
excepto
conservan
como hizo

leer
la lluvia,
que ahora cae
sobre el nombre de la l



Ana Fernanda Ríos Gallán. Leer escribir. Tinta y lápiz rojo sobre papel, 29,7 x 21 cm, 2024

Perfiles de artistas

Adriana Pertuz Valencia (Medellín)

Es Física de la Universidad de Antioquia. Magíster en Estética de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente, es docente independiente. Desde el 2016 participa como artista grabadora en el taller de Gráfica Agua Tinta.

Ana Fernanda Ríos Gallán (San Pedro de los Milagros, Antioquia)

Maestra en Artes Plásticas de la Universidad de Antioquia, sus intereses y preguntas abarcan desde el paisaje rural y urbano y sus transformaciones, hasta el problema de lo contemporáneo en el arte. Estos temas los explora mediante el dibujo, la fotografía y el grabado. Ha participado en exposiciones colectivas en la Biblioteca de la Universidad de Antioquia, el Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe, la Biblioteca EPM, y en la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, en las sedes de Poblado y Aburrá Norte.

Ángela Ramírez Vergara (El Peñol, Antioquia)

Es higienista oral, pero ha combinado sus actividades laborales con sus hobbies como fotógrafa y acuarelista. En estos momentos se dedica a pintar acuarela.

Elkin Úsuga Guisao (Cañasgordas, Antioquia)

Entre los años 1982 y 1985, estudió en el Instituto de Bellas Artes. En 1994, alcanzó el título de Maestro en Artes Plásticas de la Universidad de Antioquia y, en 2006, se graduó como Magíster en Historia del Arte en esta misma universidad. A lo largo de su trayectoria como artista, ha recibido varias distinciones, incluyendo el primer premio en el Cuarto Salón de Artistas del Museo Universitario UdeA, menciones de honor en la Primera Muestra Gráfica Artística UdeA y en la Cámara de Comercio de Medellín, así como el Proyecto de Reconocimiento y Estímulo (Félix Ángel) en el Encuentro de Artistas Grabadores de Medellín. Además, ha participado en diversas exposiciones individuales y colectivas desde 1993 en países como Argentina, Colombia, Cuba, España, Estados Unidos, Francia y Portugal. Fue profesor de dibujo y grabado desde 1995 hasta 2021 en la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, en Medellín, Colombia.

Fredy Agudelo Múnera (Bello, Antioquia)

Es Maestro en artes plásticas por la UdeA. Trabaja como pintor independiente. Su trayectoria como artista abarca muchos años, siendo el paisaje el motivo central de su pintura.

72

Héctor Castaño (Frontino)

Héctor Castaño Arango nació en Frontino, un bonito municipio del occidente de Antioquia. Si se le pregunta qué es hoy en día, responde: pintor. Anteriormente se identificaba como profesor, tallerista y licenciado en Artes Plásticas. Disfruta de la pintura por ser un oficio manual que requiere disciplina, constancia y el uso de herramientas como pinceles, brochas, espátulas y lápices, así como pigmentos y aceites. Cuando se le pregunta si se puede vivir de esto, responde afirmativamente, indicando que es lo único que le mantiene vivo. Hace varios años, decidió desligarse de trabajos oficiales para dedicarse por completo al oficio de pintor. En la actualidad, trabaja en un conjunto de retratos de gran formato (óleo sobre tela) que llevará por nombre *Originarios*.

Hernando Guerrero (Pamplona, Norte de Santander)

Artista y docente Jubilado de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, donde fundó la Colección de Grabado. Actualmente coordina el taller de Gráfica Agua Tinta, Envigado. Durante su vida académica y profesional ha participado en numerosas exposiciones tanto en Colombia como en el exterior.

Jairo Acosta Silva (Medellín, Antioquia)

Es un artista multidisciplinario con formación en Ingeniería de Sistemas y Maestría en Artes Plásticas de la Universidad de Antioquia. Actualmente, divide su tiempo entre su trabajo como ingeniero de sistemas y su pasión como artista independiente. Su obra artística ha destacado a nivel local e internacional, participando en exposiciones y eventos significativos en la Cámara de Comercio de Medellín y el Museo Universitario de la Universidad de Antioquia. Además, fue finalista en el 6º Concurso de Fotografía mi+d de la Fundación madri+d para el Conocimiento en Madrid, España, y ha publicado su trabajo en diversas revistas tanto locales como internacionales.

Juliana Arango Álvarez (Medellín, Antioquia)

Maestra en Artes Plásticas de la Universidad Nacional. Activa en el circuito artístico local, sus obras transitan entre el collage manual y un lenguaje fotográfico analógico experimental. Ha sido merecedora de una mención de honor con su obra *Susurro de mundos posibles*, por la Cámara de Comercio de Medellín, fue seleccionada como collagista en eventos internacionales como Mulafest y Mujeres que Cortan y Pegan en Madrid y Universo Collgem de Brasil. Ha ilustrado libros de cuentos, de poesía, artículos de prensa y de revistas literarias.

Rafael Germán Rengifo (Huila-Neiva)

Egresado de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia (Medellín), hace parte del semillero de investigación PIN-TARXPINTAR. Su trabajo se desarrolla desde la pintura y el

dibujo en varias técnicas que incluyen la ilustración y animación digital. Sus proyectos artísticos generalmente son escenarios atravesados por una mirada ambigua sobre la naturaleza del ser humano y sus percepciones existencialistas de angustia sobre la vida. Colmado de colores, la pintura de Rafael, paradójicamente, genera atracción hacia esos dilemas que sumergen al individuo en crisis y ansiedades. De su experiencia se destacan exposiciones colectivas o individuales en diferentes lugares e instituciones de la ciudad de Medellín.

Viviana Pesce Serrano (Chile)

Es artista visual con formación en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile y posgrado en la UIA Florencia, Italia. Durante 20 años trabajó como docente de cátedra en los cursos de Extensión de la Universidad de Antioquia y en otras instituciones de Medellín. Es cofundadora del Taller Agua Tinta y actualmente se desempeña como docente de Grabado y Dibujo.



Imprenta
Universidad de Antioquia

— 95 AÑOS —

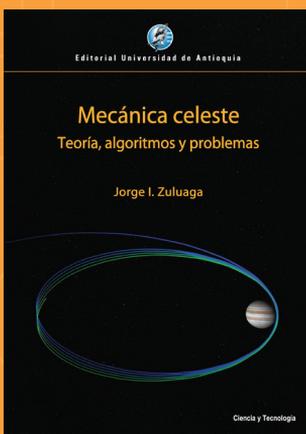
Campus Medellín. Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108. Bloque 28, primer piso
(+57) 604 219 53 30 | imprenta@udea.edu.co



Días sin nombre
Óscar Castro García



La crítica de cine en Colombia
Oswaldo Osorio —compilador—



Mecánica celeste
Teoría, algoritmos y problemas
Jorge I. Zuluaga



Un país por descifrar
María Teresa Uribe de Hincapié

Descúbrelos y conoce más en:

editorial.udea.edu.co



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**